

alta se nos mostrará río abajo una bella panorámica del Puente de los Franceses y de la fábrica de luz contigua.



Próximo a este mirador de excepción encontraremos el resalte rocoso "buracado" que presta su nombre al paraje. Nos podremos entretener con él permitiéndole que nos sugiera formas imaginarias que tendremos que adivinar. O simplemente, trepar un par de metros por su frente y asomarnos por el "buraco" en busca de una perspectiva diferente del arribe.

Hallazgos arqueológicos apuntan a que en este lugar hubo asentamientos humanos durante la Edad de Bronce hace más de cuatro mil años. También los vetones parece que tuvieron aquí un poblado fortificado durante la segunda Edad de Hierro, unos dos mil quinientos años atrás. De esta información podrá hacer uso nuestra imaginación para, aprovechando que se encuentra en el mismo escenario, recrear la vida en tan lejanos tiempos.

Presa de servicio de la fábrica de luz.

Del Castro de la Buraquita iremos en busca del camino que llevaba a la Quinta de los Baños y tras investigar curiosos todos los rincones de las antiguas instalaciones de los Baños de La Lancha, proseguiremos camino, de ida y vuelta, para acercarnos a la presa desde la que se alimentaba el canal del agua que casi 6 kilómetros río adelante había de mover las turbinas de la fábrica de luz y surtir de energía eléctrica a numerosos pueblos del entorno.



El bellissimo paisaje arribeño en el que se encuentra integrada y los más de quinientos metros de río embalsado que se ofrecen a nuestra vista, nos hará difícil reparar en los diez metros de altura y veinticinco de longitud que tiene la presa, así como imaginar los obstáculos que hubieron de salvarse para llevar a término su construcción, allá por el año 1901. La abrupta orografía de la zona y la precariedad de los medios y materiales entonces utilizados estaban en el origen de aquellas dificultades.

*Texto y fotos
Martín Ruipérez García*



Asociación LA FACENDERA – Zamora, 64 (Ateneo) – Teléf.:661 60 04 15. - 37002 Salamanca

<http://www.lafacendera.com>

8 de Marzo de 2009

Arribes del río Águeda en Puerto Seguro Los Baños de La Lancha

*Diseño y coordinación de la ruta:
Víctor García de la Cruz
Martín Ruipérez García*

Es asombroso seguir comprobando cómo en nuestros pueblos, simplemente con rascar levemente en su territorio o en la memoria reciente de sus moradores, surgen y se desvelan innumerables activos de su inmenso acervo natural y cultural.

Puerto Seguro no podía ser menos y generosamente nos irá obsequiando a lo largo del recorrido con un sinnúmero de elementos con los que disfrutar de su naturaleza y evocar formas de vida de su pasado remoto y reciente.

Puerto Seguro

El núcleo urbano de Puerto Seguro se ubica en lo alto de la divisoria de los valles de la Rivera de Dos Casas y del río Águeda.

Seis kilómetros escasos aguas abajo del pueblo, la Rivera de Dos Casas aporta su caudal al río Águeda y en ese punto este último

se enseñoa y recibe el título de Río-Frontera con nombre propio: Raya Húmeda.

Discurrirá de esta guisa hasta entregarse y rendirse ante el Duero. Allí mismo el muelle de Vega Terrón se ha erigido en testigo permanente de ello.

Su situación entre dos ríos de profundos cauces ha sido causa de su relativo aislamiento desde que el vehículo de cuatro ruedas empezó a sustituir a las mulas y caballos como elemento de transporte.

Hasta hace poco más de cinco años Puerto Seguro no tenía comunicación por carretera con la Bouza, a menos de tres kilómetros en línea recta. Y es previsible que nunca llegue a tener carretera directa a San Felices de los Gallegos, situado a seis kilómetros en dirección Este.

La primera carretera que se as-

faltó, por la que se llega habitualmente al pueblo, es la que facilita el acceso desde la comarca de Ciudad Rodrigo, comarca natural a lo que precisamente no pertenece.

Los Baños de la Lancha

La ruta que nos ocupa no cruzará el Águeda por el Puente de los Franceses, como suelen hacer los que por aquí vienen a disfrutar de estos paisajes, sino que irá aguas arriba por la margen izquierda del río en dirección Sur. Trataremos de descubrir un espacio silencioso y solitario, henchido de evocadora tradición. Se trata de la Quinta de los Baños de La Lancha, donde en estado de triste ruina se encuentran las instalaciones que durante décadas y hasta principios de la del 60 del pasado siglo, sirvieron para acoger a gentes de pueblos y comarcas cercanas y proveerles de remedio para dolencias de variado tipo. El manantial de aguas sulfurosas aportaba una parte del tratamiento; el aislamiento, la tranquilidad y la belleza del lugar se encargaban también de facilitar la curación. Y tampoco faltaba un complemento necesario cual es la primorosa atención con que los bañeros prodigaban a los allí alojados.

Aunque la visita a los Baños de la Lancha, también conocidos con el nombre de la Fuente Santa, sea lo que da sentido –y título– a la ruta, no por ello el resto de los lugares por donde discurrirán nuestros pasos, atraerán menos nuestra atención.

El Corral de la Dehesa

Cuatro kilómetros antes de llegar por carretera al pueblo, dejaremos el vehículo en una pista de tierra que sale a nuestra derecha para dirigirnos andando al lugar denominado El Corral de la Dehesa. Allí nos aguardan los tímidos restos de lo que se dice fue un poblado medieval, se cree que de época visigoda

Más visibles que los indicios de habitación humana son los de su enterramiento. Un paseo tranquilo por la fresca y rancia fresneda, permitirá toparse, sin apenas hacer intención de buscarlas, con varias tumbas vaciadas en la roca.



Si seguimos entre fresnos el curso natural de la nava, descubriremos, unas decenas de metros antes de la moderna charca donde hoy abreva el ganado de la dehesa, la llamada Fuente de los Moros. Una mirada atenta al lugar donde la fuente-manantial se encuentra, nos sugerirá que antaño las aguas que se deslizaban nava abajo pudieron haber sido retenidas a la altura de la fuente y formar una charca en torno a la cual el posible asentamiento medieval obtenía un componente esen-

cial para el desenvolvimiento de la vida cotidiana.

Cruz del Siglo

Continuamos hacia Puerto Seguro y en apenas unos minutos veremos junto a la carretera una esbelta y solitaria cruz a la que los lugareños llaman Cruz del Siglo.



Las cruces que todavía hoy encontramos en muchas encrucijadas y numerosos caminos tradicionales, constituían hitos de muy diferente índole y significado para el caminante. Sin embargo todas tienen en común el haber presenciado y escuchado a lo largo de los años un sinnúmero de conversaciones, de reconfortantes saludos, amigables tratos y no sabemos cuántas cosas más. En definitiva la vida misma de gentes que hacían un alto junto a ellas o que simplemente pasaban a su lado sin detenerse. Estas cruces, cruceros, cruceiros o humilladeros, son celosas depositarias del secreto registro de siglos de acontecer humano.

Pero la Cruz del Siglo es ambiciosa y no se conforma solo con esta noble

función. Está habituada a guardar en su seno, en periodos de cien pacientes años, la relación de las gentes que viven en Puerto Seguro coincidiendo con el cambio secular

En la tarde del día 22 de abril del pasado año 2000, con toda la solemnidad que requería el acto, se procedió a levantar y desmontar la cruz. Siguiendo la tradición, había que sustituir lo que en su interior se encontrara por nuevos documentos. De esta forma a la cruz se le renovaba el mandato de custodiar durante otros cien años la relación nominal de los habitantes del pueblo.

El Castro de la Buraquita

Se sale andando del pueblo por la Ermita de El Santo. Al principio a nuestra izquierda, vaguadas y tierras aterrazadas, conforman la ladera de la margen izquierda del río Águeda. Alguna calleja de rústicas paredes de piedra tentará nuestra curiosidad y nos invitará a que descendamos por ella siguiendo su pronunciada pendiente. Pero pronto aparecerá algo al frente que reclamará más nuestra atención.

Un masivo roquedo se eleva soberbio y altanero sobre el río. Como poseído por un desbordante espíritu avasallador y aprovechándose de la forma de gran quilla de la que hace gala, parece que ha conseguido con su empuje que el río se retire acobardado y describa una pronunciada curva para no ver interrumpido su cauce.

Allí dirigiremos nuestros pasos y una vez colocados en su parte más